

le ofrecía más que su aliado de un día, cambiaba de partido y penetraba como vencedor en la ciudad que antes defendía. Jamás se decidió más bruscamente la lotería de la guerra, por golpes inesperados, que bajo el régimen de los *condottieri*. Alguno que llegó á ser señor absoluto de un antiguo municipio libre era una fiera terrible: se trató de conformarse con la esperanza de que su hijo ó algún rival afortunado fuera buen príncipe, generoso y magnánimo. Se vivió á la casualidad, bajo las ligaduras de la suerte, según el resultado de las batallas, de las traiciones y de las matanzas.

Pero el impulso de libertad que había constituido las repúblicas, los municipios y las ligas contra el feudalismo debía continuarse lógicamente hasta la emancipación del individuo, y el hombre del siglo XV trató de desprenderse de la sociedad ambiente para descubrirse en la plenitud de su fuerza y de su belleza. Prodióse una especie de paralelismo entre el período del Renacimiento italiano y la gran época de la floración helénica. A dos mil años de intervalo se ve igualmente al hombre tratando de realizar su ideal en fuerza, en elegancia, en gracia personal, á la vez que desarrollándose en valor intelectual y en saber. Tal es el movimiento del «humanismo» en su sentido profundo: el individuo tiende á manifestarse en todo el esplendor de su persona, desembarazado de las múltiples trabas de las costumbres y de las leyes. No hay duda que esa perfección sólo es accesible á un corto número de escogidos, pero ya es mucho intentarla, teniendo en cuenta además que el conjunto de la sociedad se modela siempre sobre los tipos que le dan su carácter y, por decirlo así, son su alma. Así, á pesar de las tiranías locales, á pesar de las guerras civiles y extranjeras, á pesar del remolino político en que giraban los Estados, la época del Renacimiento no deja de ser una de las más notables de la historia, porque el valor de las sociedades se mide por el de las individualidades fuertes, conscientes de sí mismas que en ellas surgen. La humanidad futura, tal como debe prepararla una educación viril, ¿no se compondrá de tales hombres, cada uno de los cuales podrá bastarse á sí mismo y crear nuevamente un mundo en su rededor?

El movimiento del gran siglo del Renacimiento, continuando á su antecesor Petrarca, tuvo, pues, un alcance mayor y muy diferente que

el de crear «humanistas» en el sentido estrecho de esta palabra: hombres que ponían su gloria en hablar en bello latín y que veían en un barbarismo el colmo del oprobio. No, el humanismo en su más alta concepción consistía, como su nombre lo indica, en el conocimiento y adaptación de todo lo que es «humano», de todo lo que eleva al hombre á sus ojos, y lo muestra, no sólo en la práctica de un «bello lenguaje» — *dicendi peritus* — sino también en el ejercicio de toda bondad: noble, generoso y magnánimo. Y como la literatura antigua, griega y latina, contiene, bajo la forma más bella, los pensamientos más profundos y la más alta moral; como todo el tesoro de las adquisiciones humanas se encuentra reunido en aquella literatura, la atención exclusiva de los hombres del Renacimiento se fijó en los escritores de la antigüedad clásica.

La revolución que se producía en las inteligencias era, en su verdadera naturaleza, esencialmente religiosa: el hombre, cesando de ser la víctima del pecado original, recobraba su pureza primitiva y su derecho de gustar libremente los frutos del paraíso; á pesar de la prohibición antigua, promulgada por todas las Iglesias que se sucedieron en la historia, tenía derecho sobre todo al árbol de la ciencia: inocencia é ignorancia habían cesado de ser sinónimos. No todos los humanistas fueron hombres de gran carácter; entre ellos hubo gentes sin consistencia y sin dignidad, hipócritas, aduladores y parásitos, y su acción educadora fué por ello empuñecida; pero no por eso dejaron de producir nuevos conocimientos, ni fué obstáculo para que se abrieran escuelas, ni para que representaran la ciencia contra los que, con San Pablo y San Agustín, predicaban la «absurda fe».

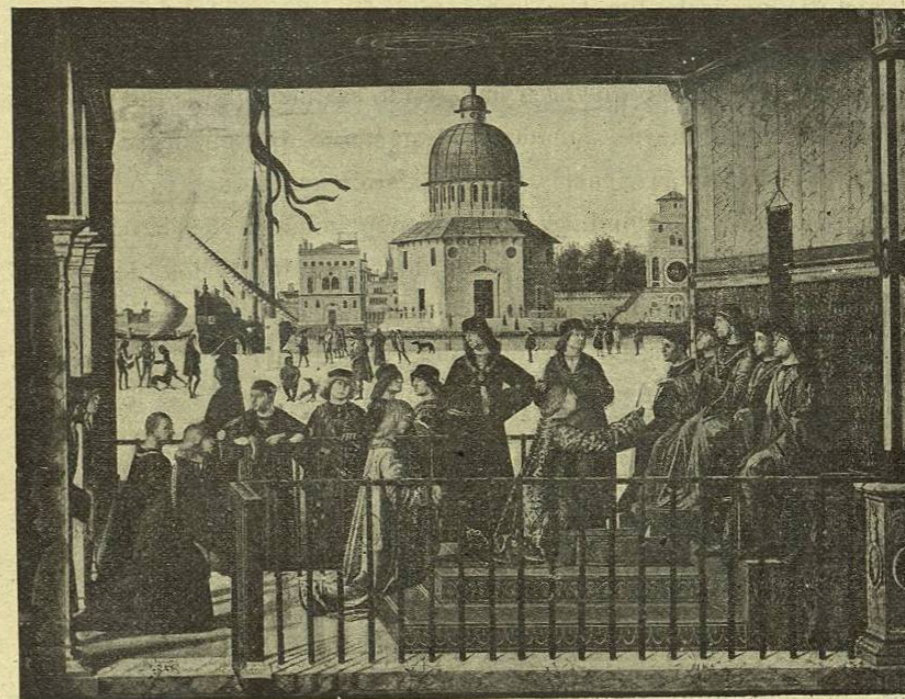
A pesar de cuanto se diga, la Edad Media, en su conjunto, odiaba los libros, y los religiosos que los amaban á pesar de todo, por instinto espontáneo, habían sido celosamente vigilados como fautores de una rebeldía oculta. Sin embargo, algunos nombres de conventos, tal como el Monte Cassino, suscitaban la idea de libros y de manuscritos; la palabra «benedictinos» produce la ilusión, tan común entre los que ven las cosas por orden y en confianza, que los frailes de la Edad Media eran aplicados al estudio, á la lectura, á la copia de manuscritos, y que les debemos la preciosa herencia de la literatura antigua; error que no tiene en cuenta el estado general

de la sociedad durante aquella negra época ni la estrechez de entendimiento que forzosamente engendra en toda comunidad la rígida observancia de las reglas que tienen por único objeto la disminución de la iniciativa personal. Además, el celo del apóstol Pablo, que hizo quemar los libros de Efeso, animó durante mucho tiempo á los pontífices penetrados del fervor primitivo. He aquí lo que al final del siglo VI escribía Gregorio el Grande á un obispo: «Se me hace saber, y no puedo repetirlo sin vergüenza, que vuestra Fraternidad ha osado exponer á algunos los principios de la gramática... Cosa grave y vergonzosa es que un obispo se ocupe de esas futilidades, indignas de los religiosos y de los laicos». Y muchos obispos descuidaban, en efecto, esas miserias mundanas de la instrucción: ¿no se había dado el caso de que en el concilio de Calcedonia, en 451, hubieran de recurrir á la amabilidad de sus colegas ó de sus amanuenses para atestiguar su aprobación á los decretos que no sabían firmar por sí mismos? Entre los frailes benedictinos, cuyo nombre ha venido á ser sinónimo de hombres de estudio, gracias á los religiosos eruditos de los siglos XVII y XVIII, la regla no exigía que el hermano supiera leer ni escribir, ni le prescribía instruirse en los arcanos del alfabeto durante su año de noviciado. Entre los monjes de Citeaux, la norma para los que se dedicaban á la lectura era no leer más que un solo libro al año y copiar los manuscritos guardándose bien de adornarlos con el menor dibujo¹, ese trabajo profano se encargaba á los dibujantes y pintores de fuera.

¡Cuán pobres en libros eran, durante los siglos de la Edad Media, los más ilustres monasterios! El más rico de todos, en 1472, en vísperas del Renacimiento, es el de Clairvaux, que, según D'Arbois de Jubainville, contenía 1,714 volúmenes. Nuestra Señora de París no poseía en 1297 más que 97 obras, mientras que en aquella época, en el Cairo, la biblioteca de los Fatimitas tenía, según Quatremere, ¡más de dos millones y medio de volúmenes! Verdad es que la biblioteca del Vaticano excedía á todas las demás de Europa: bajo Sixto IV se componía de 2,546 volúmenes. Se recordará la visita hecha por Boccaccio á lo que restaba en el siglo XIV de la biblioteca

¹ D'Arbois de Jubainville, *De l'Intérieur des Abbayes cisterciennes*, p. 62.

del Monte Cassino: en ella sólo encontró libros mutilados; los frailes raspaban entonces los cuadernos, cortaban los márgenes y hacían pequeños salterios para los niños y las mujeres¹. De esa manera, muchas obras de la antigüedad greco-romana, que existían todavía en los siglos del X al XII, se perdieron antes de los días luminosos del Renacimiento, y si en aquella época pudieron felizmente los eru-



Academia de Bellas Artes en Venecia.

Cl. J. Kuhn, edit.

EPISODIO DE LA VIDA DE SANTA ÚRSULA
REGRESO DE LOS EMBAJADORES INGLESES Á SU PATRIA

por CARPACCIO, nació en Venecia en 1460 y murió allí mismo en 1522.

ditos hallar gran número de ellas, se debe á que las buscaron y las hicieron aparecer de nuevo bajo la cubierta de libros de oraciones, de recetas ó de fórmulas sin valor, cuyas hojas habían sido arrancadas.

Aun antes del descubrimiento de la imprenta, habían comenzado los humanistas la gran obra de conquista literaria y científica que, en lo sucesivo, había de proseguirse sin tregua; despertóse el sentido

¹ Benvenuto de Imola, citado por Philippe Monnier.

de la continuidad en la historia y hubo eruditos que trataron de reanudar los acontecimientos de los tiempos antiguos con los de los modernos, pasando sobre el período oscuro de la Edad Media. Flavio Biondo, el autor de la primera obra de reconstitución arqueológica de Roma¹, intentó renovar en Italia la tentativa de Ibn Khaldun entre los Mahometanos de Mauritania un siglo antes que él, pero con más amplio criterio, con una concepción más elevada y filosófica. El historiador árabe-bereber había tomado por objeto de sus estudios el desarrollo de la civilización en el conjunto de la humanidad, pero, aunque diciendo que cree haber sido el único que se ha ocupado de esa «ciencia nueva», añade modestamente que puede engañarse, porque «¡hay tantas ciencias y han existido tantos sabios en las diversas naciones! ¿Dónde están los conocimientos de los antiguos Persas? ¿dónde las ciencias de los Caldeos, de los Sirios, de los Babilonios, con sus monumentos?»

Esa resurrección del pasado, que Ibn Khaldun creía imposible, acabó por realizarse algunos siglos después de él, gracias á los activos investigadores del Renacimiento, como Aldo Manucio, que se ocuparon con actividad incansable de restituir al menos el tesoro literario de Roma y de Grecia, y que, con extremada inteligencia y sagacidad adivinatoria, supieron discutir los textos y restablecerlos en su pureza primitiva. Así se desarrolló el sentido crítico; primeramente sobre los problemas de puntuación, de ortografía y de palabras; después sobre las más altas cuestiones de la historia y de la ciencia en su conjunto. De ese estudio escrupuloso de los manuscritos diferentes y contradictorios nació el libre examen de las doctrinas igualmente diversas y opuestas.

Los Italianos no habían esperado el exodo de los Griegos de Constantinopla para tomar posesión de la herencia helénica. Además, ya en vísperas del Renacimiento, el elemento griego, que dos mil años antes había alimentado la escuela de Pitágoras y otros colegios de ciencia y de filosofía en la Gran Grecia, se conservaba todavía en el sud de Italia, por la influencia de Constantinopla, que había permanecido siendo la soberana del país hasta el final del

¹ *Roma Instaurata*, 1446.

siglo XI, y no había dejado de enviarle numerosos fugitivos. El viejo fondo yapigio de la población primitiva emparentada con los Pelasgos se había acomodado tan bien á la cultura griega, que la lengua «romaica» no se había extinguido por completo hacia la extremidad meridional de la tierra de Otranto y de la de Calabria. ¿No es en el fondo griega por el carácter del pensamiento la patria de Giordano Bruno, de Campanella y de Vico?¹

Sin embargo, la restitución de la literatura y del pensamiento griegos en la época del Renacimiento no se hizo en la Italia meridional, todavía medio helénica de origen: debía cumplirse naturalmente en la parte septentrional de la península, donde la historia tuvo su más rápida evolución. Florencia, que era entonces el verdadero centro de la Italia artística y sabia, «Florencia, la ciudad que fué la flor de las ciudades»², llegó á ser como una nueva ciudad griega.

Florencia aportó á su obra artística tanta imaginación y genio creador como la gran Atenas, aunque con menos variedad y riqueza; parecía desanimada, cansada de la acción y no se rebelaba contra la dominación extranjera. Dícese³ que su corazón no estaba al nivel de su genio; ¿pero no sería más bien que su ideal estaba sobre todas las cosas de la tierra y que las miserables disputas de los hombres no podían empañar su pureza diamantina? Los poetas, desde Pulci y Bojardo hasta el Ariosto y Goldoni; los pintores, desde el Perugino hasta Corregio, todos muestran la misma serenidad. Durante el saqueo de Roma, el Parmesano pintaba todavía cuando los lansquenets penetraban en su taller. «Buscad, dice Quinet, en las vírgenes de Andrea del Sarto y de Rafael, la triste mirada de la Italia esclava, violada, despojada y harapienta, y encontraréis en ellas la mirada del bienaventurado que sube al cielo, no la desesperación de una caída política». Italia, por la historia de su arte y de su pensamiento filosófico y político, salió la primera del círculo estrecho de la nacionalidad propiamente dicha, confiándose sin defensa al espíritu de civilización, al genio de la humanidad: la patria de los Italianos durante mucho tiempo fué el universo⁴.

¹ Fr. Lenormant, *La Grande Grèce*, XI, p. 65; — E. Nys, *Autour de la Méditerranée*, p. 4.

² J. Ruskin.

³ G. Perrot, *Revue des Deux Mondes*, Noviembre 1870.

⁴ Paul Ghio, *L'Anarchisme aux Etats-Unis*, p. 148.

Florençia, la ciudad luminosa por excelencia, se había transformado en capital desde que los Médicis, los ricos mercaderes, habían sabido tomar el poder real, aunque desdeñando el título. En ninguna parte fué la vida del burgués y del letrado más espléndida, más alegre y al mismo tiempo más noblemente embellecida por la grandeza de las artes y la elegancia de la palabra, en prosa y en verso, en latín flexible y fluido, que volvió á ser lengua viva y casi maternal, y en griego sonoro y correcto. Los cortesanos, los oradores, los gramáticos y los poetas que gravitaban alrededor de Lorenzo el «Magnífico» tenían plena conciencia de vivir en una época gloriosa entre todas, digna de ser comparada con la que vió el esplendor de Atenas. Marsile Ficin, uno de los hombres más ilustres del grupo, exclama con felicidad: «Este es un siglo de oro: ha dado nuevamente á luz las disciplinas liberales casi extinguidas, la gramática, la poesía, la elocuencia, la pintura, la arquitectura, la música, el arte de cantar sobre la antigua lira de Orfeo, ¡y todo esto en Florençia!» Escribe á un amigo invitándole á establecerse en la noble ciudad, y le dice: «¡Sé dichoso, sé Florentino!»

Durante aquel bello siglo del Renacimiento, en aquella hermosa comarca de Italia no estaban reservadas las alegrías del estudio á la flor única del ingenio de los privilegiados, príncipes é hijos de príncipes; también se hacía partícipes de ellas al pueblo, se acomodaban á los niños, transformando las escuelas en «casas alegres», tipos de las que edifican en distintos puntos los hombres libres de la sociedad moderna. Ejemplo, la escuela que fundó Vittorino Rabaldoni, cerca de Mantua, en una pradera «regocijada con los árboles y las fuentes». En la extensa casa, adornada con frescos y flores, niños venidos de todos los países y pertenecientes á todas las clases sociales, vivían como hermanos, felices, sin temor á los golpes. Vittorino, cuyo rostro era tan simpático «que curaba los enfermos», sabía hacer la ciencia amable y el juego instructivo, de tal modo que sus discípulos trabajaban cuando danzaban, saltaban, cantaban, montaban á caballo, recorrían las montañas, y se divertían cuando recitaban fragmentos de obras de Virgilio, escribían latín ó improvisaban discursos. El educador había comprendido que las diversas partes del ser deben desarrollarse paralelamente, la inteligencia renovada por la variedad

de estudios, el cuerpo restaurado por la diversidad de los alimentos y todo defecto físico corregido: así se obtienen la fuerza y la resistencia, la belleza y la gracia. Rabaldoni, «nacido de una encina», era el modelo á que todos querían parecerse¹.

Compárese con esa mansión de dicha los antros en que los alumnos, sometidos á la tortura de las rutinas, tenían que pagar todas



Cl. J. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE FLORENCIA

En el horizonte, á derecha, se ven las alturas de Fiesoli.
La cúpula de la catedral fué construída por BRUNELLESCHI, Florentino, 1377-1466.

sus faltas por otro suplicio, el del azote, ¡tratamiento que tiene tantos admiradores en Inglaterra! Un escritor, panegirista de la Edad Media, trata de mostrarnos esa educación feroz bajo un aspecto poético, describiendo la «Fiesta de las Varas», que padres y maestros, conduciendo sus hijos y alumnos, celebraban en Alemania durante un hermoso día de verano. Bajo la severa mirada de las personas

¹ Philippé Monnier, *Le Quattrocento*, t. I, ps. 241 y siguientes.

mayores, los escolares iban al bosque á hacer provisión de las varas que habían de servir para golpear su carne: se les obligaba á escogerlas flexibles y fuertes, de abedul, y cada uno había de conducir su haz. Después de los juegos y de la comida campestre sobre la hierba, los niños entraban en la ciudad cantando la «Canción de las Varas», ofreciendo el recuerdo de los gladiadores que se inclinaban ante el César que con un signo les hacía morir ¹.

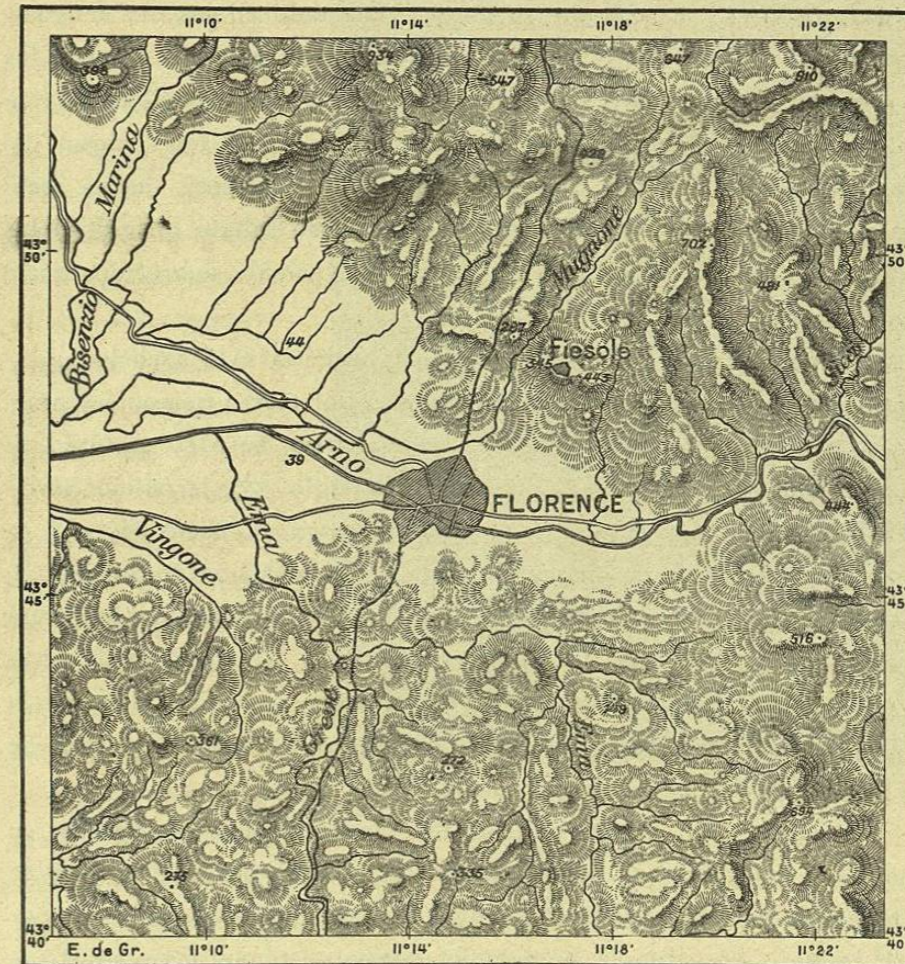
Acercándose á la verdad científica, Italia, y Europa con ella, se alejaban de la fé. Es indudable que las viejas formas tradicionales del culto no cambian, y hasta el arte, mezclándose más á la vida popular, hace que las fiestas religiosas ganen en brillo, en esplendor y en riqueza; pero la indiferencia, más aún que las herejías, separa gradualmente de la Iglesia los hombres instruidos de las cosas de la antigüedad; uno de los neo-platónicos llegados á Florencia, Gemisto Plethon, profesaba sin causar escándalo entre sus amigos que la religión futura no será «ni de Cristo ni de Mahoma, y no diferirá esencialmente del paganismo». La autoridad del soberano pontífice se había singularmente debilitado, sobre todo en esa misma Italia, de la cual era uno de los príncipes temporales. El territorio de Roma venía á ser un principado secularizado, donde ante todo predominaban intereses políticos y mundanos, apoyándose mucho más sobre la fuerza guerrera y la astucia que sobre exhortaciones religiosas. Humanistas y coleccionadores de manuscritos como otros potentados de Italia, los papas, en su mayor parte hostiles á todo celo religioso, se limitaban á consagrar las tradiciones de la curia. Cuando murió Nicolás V, el poeta Filelfo ponderó sobre todo la desesperación de Apolo y de las musas, y después, cuando Portugal y España intrigaban á cual más cerca de los chambelanes y de los notarios del papa para hacerse adjudicar la mejor mitad del globo, Alejandro VI, ocupado de su Estado, de su familia, de sus negocios privados, ignoraba los grandes intereses que hacía nacer en Europa el nuevo equilibrio del mundo. En Roma, el cardenal Jacopo Ammanati, buscando un preceptor cristiano, sólo pudo encontrar letrados. La palabra «vir-

¹ J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*.

tud» había llegado á ser sinónima de mérito excepcional en el uso del latín.

Y precisamente por una extraña ironía de las cosas, en la época en que la autoridad del papa cesó de ser reconocida en Occidente,

N.º 368. Florencia y sus contornos.



1 : 200 000

0 1 2 3 4 5 10 Kil.

se procedió á la ceremonia de una supuesta vuelta de la Iglesia de Oriente á la sumisión del pontífice de Roma. En Ferrara se reunió un concilio que, á causa de la peste, se trasladó á Florencia, donde, haciendo gala de erudición, de dialéctica y de elocuencia,